

“LA GRAN MASCARADA”

NOTAS SOBRE UNA OBRA RECIENTE DE

JEAN-FRANÇOIS REVEL

Rodrigo Ahumada Durán
Profesor
Universidad Gabriela Mistral

El destacado pensador francés, Jean-François Revel, nos presenta otro libro notable. Con singular coraje proclama la verdad, a contra corriente, sobre un aspecto trágico de la historia de la humanidad en el siglo XX particularmente en el ámbito de la *Cultura Occidental*. Se refiere al *Totalitarismo*, en especial al *Marxismo*, por cuanto este último ha intentado sembrar un manto de duda y de incertidumbre, sobre certezas históricas incuestionables.

En efecto, no obstante los crímenes cometidos contra millones de inocentes, en nombre de la *igualdad “fraterna”* y la *dialéctica* de la depuración *humana*, Revel constata la dramática supervivencia de lo que él llama la *“utopía socialista”*. Es cierto, que la *memoria* tanto individual como colectiva, tiende a ser frágil. Aún así, no deja de ser paradójal en una *sociedad de la información*, que lo que ayer se miraba con horror, hoy se tienda a justificar. Incluso se ha llegado a sostener, que los *“socialismos reales”* se habrían apartado de las tesis esenciales de Karl Marx. Esto explicaría su rotundo fracaso, a la vez que los atentados sistemáticos contra los derechos humanos. Revel llama a esto, con agudeza, *“la gran mascarada”*, o la *“supervivencia de la utopía socialista”*.

No hay que olvidar, que el proyecto *“filosófico”* de Marx, se fundaba sobre la pretensión de ser un *socialismo científico*, el cual habría superado definitivamente, las formas de *socialismo utópico* que le habían precedido. Sin embargo, él mismo, se transformó en la gran *utopía* del siglo XX. Negar este *dato* es simplemente no conocer la doctrina e ideología marxistas. En este

sentido, no debe sorprender que los grandes conocedores del pensamiento de Marx, de Lenin, o de Stalin, cuya fidelidad a Marx es innegable (véase su breve y lúcido ensayo filosófico, Materialismo dialéctico y materialismo histórico), y de sus discípulos contemporáneos, sean justamente sus críticos. Pensemos, solamente a modo de ejemplo, en las importantes obras del filósofo y teólogo Georges Cottier o. p., de Jean-Yves Calvez s.j., de Paul Dominique Dognin o. p., y en Chile la obra destacada del filósofo Fernando Moreno Valencia.

En el libro, La Gran Mascarada. Ensayo sobre la supervivencia de la utopía socialista, Jean-François Revel plantea la siguiente tesis: "La última década del siglo ha sido testigo de la poderosa contraofensiva desplegada por los políticos e intelectuales de la vieja izquierda con el fin de borrar e invertir las conclusiones que, en 1990, parecían desprenderse de la evidencia del hundimiento del comunismo y, más generalmente, de los fracasos del socialismo" (p. 9). De aquí surgen para el autor francés, una serie de interrogantes, a las cuales es urgente responder sin ambigüedades, si se aspira a salvaguardar la democracia y la dignidad inviolable de la persona humana.

Se pregunta el filósofo francés: "¿Qué motivos han incitado a esos políticos y a esos intelectuales a creer que podían sacar de la historia que habíamos vivido unas lecciones en tan manifiesta contradicción con lo que ella enseñaba y con lo que había sido? ¿A qué argumentos han recurrido para sustentar su justificación de los extravíos y de los crímenes constitutivos del totalitarismo o, al menos, de las intenciones que los habían engendrado? ¿Qué necesidades intentan satisfacer esos peregrinos argumentos? ¿En qué medida sus propagadores los han impuesto a las mentes, a qué mentes, a través de qué canales de transmisión intelectual? ¿Es vasta su audiencia? ¿O su influencia se limita a una clientela poderosa pero numéricamente limitada y que, en el fondo, se procura el espejo del maquillaje moral a fin de ahorrarse la confesión de los errores y la vergüenza del remordimiento? En resumen ¿Ha tenido éxito la gran mascarada del fin de siglo?" (p. 9).

Jean-François Revel, sabe que estas cuestiones están lejos de ser superfluas. En efecto, "si la humanidad acaba de pasar el siglo tanto del totalitarismo como de la información, y si nos viéramos obligados a constatar que no ha comprendido nada del totalitarismo se

Jean -François Revel, La gran mascarada. Ensayo sobre la supervivencia de la utopía socialista, Madrid, Taurus, Primera edición, Octubre de 2000, Segunda edición, Enero de 2001.

demostraría que la información no sirve para nada; y, especialmente, que los agentes intelectuales que la formulan y difunden son inútiles o dañinos. En una época en la que se ha venerado sin cesar el 'sentido de la historia', haberlo comprendido tan poco daría muestras de un rotundo fracaso cultural o, lo que quizás sería peor, de una inveterada deshonestidad en las relaciones con lo verdadero, secuela indeleble de la educación totalitaria del pensamiento" (p. 9 y 10).

A lo largo de catorce capítulos, Revel, despliega con elegancia, y con una impresionante capacidad de penetración -que cautivan rápidamente al lector- sus respuestas ante estas conductas. El dominio acabado que el autor posee de las *fuentes* o *documentos* sobre el tema, constituye la base *objetiva* indispensable sobre la cual reposa la solidez de su obra. De allí extrae Revel, la *verdad histórica*, que otros se empeñan sistemáticamente en esconder o silenciar.

Uno de los importantes méritos del libro de Revel, está en proporcionarnos una caracterización política, sociológica e histórica, del ideal-tipo de sociedad, que la ideología marxista impuso o pretendió imponer en las diversas culturas y civilizaciones que sucumbieron ante su poder arrollador: *"En las sociedades comunistas de primer orden, es decir las que han servido de prototipo para copias más pequeñas y de metrópolis a filiales satélites, se da una convergencia de componentes cuyos resultados acumulados tienden todos a la aniquilación de las poblaciones. El primer componente lo forman las purgas periódicas, las ejecuciones masivas, lo que se podría denominar la destrucción directa. El segundo, es una destrucción indirecta o diferida, mediante la deportación de poblaciones, privaciones y malos tratos científicamente inflingidos, internamiento en campos de reeducación o de trabajo, métodos todos que provocan un aumento de la mortalidad. El tercer componente es la curiosa inteligencia que despliegan todos los regímenes comunistas para lanzarse con impecable determinación a una transformaciones económicas, especialmente agrícolas, de una estupidez tan imaginativa que impide considerarla totalmente involuntaria. Consiguen que la producción de las tierras más fértiles, descienda de un 80 por ciento a un 50 por ciento, hasta provocar hambrunas que cuestan la vida a millones de seres humanos. El cuarto componente es la saña con que se destruye toda cultura y se impide toda creación que se aparte de los dogmas marxistas-leninistas" (p.132).*

Para ilustrar estos diversos componentes, el autor francés hacer referencia directa al caso dramático del pueblo tibetano: *"En el caso del Tibet, los chinos, que son mil doscientos o mil trescientos*

millones, no se conforman con aplastar a un pequeño pueblo de seis millones de individuos, con ocuparlo, con sojuzgarlo y con robarle sus escasos recursos, sobre todo forestales. Están además patológicamente obsesionados por la idea fija de aniquilar su civilización y su cultura" (p. 132).

Es cierto, nos dice Revel, que algunas sociedades comunistas sobresalen en una de las cuatro especialidades. Sin embargo, ninguna de ellas abandona jamás totalmente alguna. De aquí se puede concluir sin error, "que el fundamento constitutivo, estructural y funcional de todo poder comunista, en cualquier latitud y contexto histórico, reside en la reunión de esos cuatro elementos de base" (p.133).

Otro aspecto que destaca el autor en su libro, es le vínculo existente entre los grandes regímenes totalitarios del siglo XX: Nazismo y Marxismo. Esta ecuación perversa ya había sido denunciada con claridad y profundidad, por el filósofo cristiano de la democracia, Jacques Maritain, en su notable ensayo filosófico y testimonial, El Crepúsculo de la Civilización (1941).

En efecto, ante la cuestión: "¿Es posible comparar el nazismo con el comunismo?", Jean François Revel nos describe, como el debate en torno a la cuestión, "degeneró en una riña indecente –no sólo en Francia sino también en otros países, especialmente, como se puede comprender, en Alemania e Italia- tras la publicación en 1997 del Libro negro del comunismo. La izquierda no comunista, a menudo más dispuesta a quemar brujas que los comunistas mismos, se lanzó desatada contra los profanadores. Puso en la misma hoguera a Stéphane Courtois, culpable del sacrilegio de haber ligado 'los dos totalitarismos', y a Alain Besançon, quien, en un discurso pronunciado en el Institut de France en 1997, tuvo también el valor de saltarse la prohibición y situar al mismo nivel nazismo y comunismo" (p. 105).

¿Cómo podríamos explicar estas reacciones por parte de la izquierda? El autor responde contundentemente y nos obliga necesariamente a meditar sobre esta cuestión: "La celosa negativa a toda equivalencia, incluso a toda comparación, entre nazismo y comunismo, a pesar del parentesco de sus estructuras estatales y de sus comportamientos represivos, proviene del hecho de que la condena cotidiana del nazismo sirve de muro protector contra todo examen atento del comunismo" (p. 119). Por esta razón, resulta comprensible, que todo intento de análisis por parte de historiadores o filósofos que

ponga el acento, como dice Revel, "en su esencial similitud levante huracanes anunciadores de rabias vengadoras"(p 119).

Aún más, se objetará, con justa razón, que ninguna rememoración de la criminalidad nazi puede ser excesiva. Sin embargo, "la insistencia en esa rememoración se convierte en sospechosa cuando sirve para aplazar indefinidamente otra: la de los crímenes comunistas"(p. 119).

El autor reflexiona sobre un punto central para quienes creemos en la genuina democracia y no en sus visiones caricaturescas: "¿Qué eficacia moral, educativa y, por ello, preventiva puede tener la indispensable reprobación de los crímenes nazis si se transforma en una pantalla destinada a ocultar otros crímenes?" (p. 119). Es preciso señalarlo con insistencia, "el deber de memoria o es universal o no es más que fariseísmo partidista. Servirse de las víctimas del nazismo para enterrar el recuerdo de las del comunismo es insultar su memoria"(p. 122).

Como ya señalara, magistralmente, Jacques Rossi, (citado por el mismo Revel) en su *Manuel du Goulag*: "Es inútil tratar de saber cuál de los totalitarismos de nuestro siglo fue más bárbaro puesto que ambos impusieron el pensamiento único y dejaron montañas de cadáveres"(p. 88). Por esto, es particularmente necesario, no caer en la "hemiplejía de la memoria histórica", si se pretende garantizar una defensa genuina de los derechos y deberes fundamentales de la persona humana, y de la democracia en el horizonte del bien común, el cual no consiste solamente en el bien de las mayorías, sino en el bien (ante todo ético) de todo el hombre y de todos los hombres (Pablo VI).

Una última reflexión, nos deja la lectura de este notable libro de Jean-François Revel. Hoy asistimos a una suerte de "conversión mental" por parte de políticos, intelectuales, y sobre todo historiadores de sectores de izquierda, respecto a la noción de *verdad* y de *verdad histórica*. Esto no deja de ser sorprendente para quienes tenemos patente, la terrible afirmación de Marx en su Tesis II sobre Feuerbach: "El problema de sí al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva, no es un problema teórico, sino un problema práctico -habría que decir más bien poiético-. Es en la práctica -poiesis-, donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento. El litigio sobre la realidad o irrealidad de un pensamiento aislado de la práctica, es un problema puramente

escolástico" (En el mismo sentido, véase la tesis V, y la famosa tesis XI).

Esta tesis, lo quieran o no sus discípulos y seguidores, destruye toda posibilidad de conocimiento teórico por parte del sujeto *cognoscente*, del mismo modo que desconoce la existencia de una *verdad objetiva*, menos aún una *verdad histórica*, por cuanto se trata de "abstracciones" propias de la "metafísica". Es esa *verdad* justamente -que Marx y Engels consideraban un arcaísmo teórico-, la que se encuentra en el centro de la vida de la inteligencia, y es ella la que perfecciona toda auténtica búsqueda de saber.

Es por esto, que la *verdad histórica*, de la cual muchos suelen hablar, no puede ser ajena a las jóvenes generaciones, las que no deben olvidar lo que pasó con las víctimas de Katyn, por mencionar tan sólo un ejemplo citado por el autor: "En septiembre de 1939, tras la derrota de Polonia, invadida simultáneamente por los nazis en el Oeste y por sus aliados comunistas por el Este, Hitler otorgó a sus amigos soviéticos como compensación de su preciosa ayuda una zona de ocupación de doscientos mil kilómetros cuadrados, entre otros territorios. Tras la derrota polaca, los soviéticos, por orden directa de Stalin, masacraron varios miles de oficiales polacos prisioneros de guerra: más de cuatro mil en Katyn (cerca de Smolensko) donde posteriormente se descubrió la fosa común más conocida, pero también cerca de veintiún mil en otros lugares. A esas víctimas hay que añadir cerca de quince mil soldados rasos prisioneros, probablemente ahogados en el mar Blanco. Perpetradas en unos días y según un plan prestablecido, esas matanzas en masa de polacos vencidos, a los que se exterminó únicamente por ser polacos -esto es lo que se llama propiamente genocidio-, constituyen indiscutibles crímenes contra la humanidad, y no sólo crímenes de guerra, puesto que en Polonia la guerra había terminado. Según la convención de Ginebra, la ejecución de prisioneros de un ejército regular, que han combatido de uniforme, es un crimen contra la humanidad, sobre todo cuando el conflicto ha terminado. La orden de Moscú era suprimir todas las elites polacas: estudiantes, jueces, propietarios de la tierra, funcionarios, ingenieros, profesores, abogados y, evidentemente, oficiales del ejército" (p. 123).

Lo más sorprendente, nos dice Revel, es que cuando se descubrieron las fosas comunes soviéticas, el Kremlin imputó esos crímenes a los nazis. Aun más, durante cuarenta y cinco años, "afirmar en voz alta que se creía en la culpabilidad soviética era suficiente para ser incluido entre los 'viscerales' obsesivos del anticomunismo 'primario'" (p. 123). Y, sin embargo, "en 1990, gracias

a Gorbachov y su *glasnot*, el Kremlin reconocía, a través de un comunicado difundido por la agencia Tass, sin rodeos atenuantes, que 'Katyn fue un grave crimen de la época estaliniana'. En 1992, cuando se comenzó a hacer el inventario de los archivos de Moscú, se divulgó un informe secreto de 1959 realizado por el entonces jefe de la KGB, Chelepin, en el que dejaba constancia de '21.857 polacos de elite, fusilados en 1939 por orden de Stalin'" (p. 123).

Ante esta dura realidad es legítimo preguntarse ¿Quién puede negar la veracidad de estos hechos? ¿Estarán aquellos historiadores presurosos de escribir '*manifiestos*', dispuestos a denunciar estos crímenes? ¿O guardarán silencio, por cuanto una víctima del comunismo no tiene el *valor* de otras víctimas? En este sentido, la obra de Jean-François Revel nos invita a mirar con serenidad la historia del siglo XX, conservando en nuestra *memoria*, los horrores de los *totalitarismos* de cualquier signo, esta es una exigencia de la verdad integral que da significado y sentido a la existencia humana y a los pueblos que reconocen su propia y verdadera historia.